

¿Que pasa, general? o el colmo de lo evidente

—Pablo Ney Ferreira (*)—

Y nuevamente la interna frenteamplista es noticia. La renuncia del presidente de la coalición de izquierdas, Líber Seregni, otra vez nos hace pensar sobre el futuro interno de una de las principales corrientes políticas con chance de conseguir la Presidencia de la República en las próximas elecciones.

La unificación de la izquierda en el Uruguay, es sin duda un hecho que habrá de resaltar cualquier cronista o estudioso que pretenda explicar, en un futuro distante, nuestro devenir político con precisión.

Esta reunión de fuerzas de izquierda poco proclives a una unificación poco tiempo antes, en el año 1971 logran un acuerdo programático junto a sectores escindidos de los partidos tradicionales, que posibilitaron el quiebre homeostático de uno de los sistemas políticos y de partidos más firmes e inamovibles del mundo.

Diversos sectores ideológicos nutrieron una fuerza que fue creando por sobre la identidad de sus sectores, una mística propia, un conjunto de símbolos caracterizantes, un cúmulo de aprendizajes compartidos que creaba un nosotros vinculante con una gran carga pertenencial y emocional.

El equilibrio de todos esos grupos y ciudadanos independientes no fue nunca fácil, se sucedieron crisis de diversa índole, rupturas, tensiones, dificultades para lograr el tan mentado "consenso".

Diferencias ideológicas fuertes cruzaban el subescenario de una izquierda con nuevas fuerzas, pero también con nuevos problemas.

El universo ideológico de la izquierda uruguaya ha ido cambiando a lo largo del tiempo por algunas razones fundamentales, el cambio de fuerzas hegemónicas al interior de la coalición, las circunstancias globales, el propio crecimiento de responsabilidades en una lógica gubernativa ya a nivel departamental, los cambios ideológicos de la izquierda en todo el mundo, la crisis de los paradigmas históricos etc.

El reagrupamiento de un Partido Comunista muy desgastado, fuga de legisladores, crisis ideológica y pérdida de peso a nivel de masas, dejó un hueco muy grande que todavía no ha podido llenar ningún otro grupo frentista. La tarea moderadora del PCU entre ambos extremos ha desaparecido y la interna frentista lo siente.

El general Seregni fue partícipe de numerosos desencuentros entre los grupos, como el mismo dice, fracasos en los sucesivos intentos de reforma constitucional, peleas fratricidas que dejaban al presidente de la coalición sin posibilidad de maniobra y desautorizado frente a los demás interlocutores válidos del sistema a la hora de la negociación.

Resulta indudable la importante tarea del Frente Amplio en la reconstrucción democrática del país, su lógica pasó de ser un juego antisistémico a una constructiva oposición al gobierno de turno, una oposición responsable, que progresivamente parece acercarse cada vez más al go-

bierno nacional.

Poco bien le hacen a la izquierda estos enfrentamientos, idas y venidas que le quitan credibilidad a la hora de la negociación, la cual será indispensable tanto a nivel interno como dentro de todo el sistema político, condición que debe cumplir cualquier agrupamiento político que aspire al ideal democrático.

La renuncia de Seregni me hace recordar aquella obra de García Márquez "Crónica de una muerte anunciada", todo el proceso de la interna frentista sobre todo a partir de la restauración democrática hacían prever esto hasta al observador más despistado.

Me gustaría referirme a un tema que parece ser muy polémico en las discusiones sobre la reforma electoral por parte de los sectores integrantes del Frente Amplio: el balotaje.

Argumentan los sectores más radicales, que la idea de instaurar una segunda vuelta para la elección de Presidente de la República "es una maniobra de la derecha" para evitar un triunfo de la izquierda en las próximas elecciones. Esto es posible que así sea, aunque no estoy tan seguro de la efectividad de tal "maniobra" para lograr los efectos que se le suponen.

Los cambios en las condiciones electorales sin duda que pueden traer cambios en la configuración legítima de las preferencias, pero de ninguna manera son determinantes. Existen numerosos casos de manipulación de condiciones electorales que han fracasado (recuerdo ahora el caso del partido único en Lituania, quien configuró un sistema electoral muy proclive a asegurar su permanencia en el poder, el cual fracasó).

Si se tienen en cuenta algunos argumentos creo que al menos esta posición (la de la "maniobra") puede constituirse en un error.

La existencia de un voto flotante, no cautivo, cada vez mayor, la indisciplina que han demostrado varias veces los votantes de los partidos al recibir "órdenes" en cuanto a la acción a seguir, el bajo compromiso que adquieren hoy los votantes con los aparatos de los partidos, nos hace dudar de los potenciales efectos rigurosos de un balotaje. No creemos que los votantes, en caso de segunda vuelta actúen disciplinadamente, y si así lo hicieran es muy probable que el balotaje sea positivo para la izquierda en una visión futura.

Una de las hipótesis que se maneja es que en caso de balotaje, los rivales fueran por un lado la izquierda y por el otro lado un partido tradicional, en ese caso suponiendo que la idea de Sanguinetti de las "familias ideológicas" funcionara, uno de los partidos tradicionales debería votar a su tradicional adversario. Esto supondría minar uno de los supuestos más

fuertes de nuestra dicotomía histórica: los blancos votando colorados o los colorados votando blancos.

Pero esto no parecen percibirlo así los integrantes de algunos grupos de la complicada interna frenteamplista.

LA INTERNA Y LA NEGOCIACION

Actualmente existen dos vertientes dentro de la izquierda (aunque no claramente delimitadas) que se podrían definir de acuerdo a su proclividad a la negociación con el gobierno y su participación positiva en la toma de decisiones y otra que permanecería con una lógica más opositora (sin entrar en juicio de valores sobre cual es la actitud correcta).

Existen algunas razones que nos parecen explican estas diferentes posiciones; los sectores que no son proclives a negociar son aquellos que poseen sustentos ideológicos con una fuerte configuración circular, esto es se cierran sobre sí mismos en una suficiencia auto-comprendida que no les permite rebajar demandas so pena de quebrar esa noción circular. Por otro lado estarían los sectores más afines a la negociación, con una carga ideológica menor, con más espacio para la incertidumbre y para el toma y daca propio de una cultura de gobierno.

Estas son sin duda dos posiciones que ha tomado la izquierda en todo el mundo, sectores que se aferran a una lógica opositora fiel a los principios revolucionarios que la vieron nacer, y otra que ha incorporado nuevos aprendizajes que quizás tenga metas tan audaces como la otra, pero con una posición de colaboración a simplificar la compleja tarea de la toma de decisiones en un contexto sin mayorías claras.

El general Líber Seregni, acostumbrado a duras lides con fuerzas difíciles de congeniar y con estrategias distintas a la hora de la acción política, parece haber dicho basta. Y esto no es ninguna ocurrencia del veterano líder, sino como dice él, fruto de una serena reflexión y de numerosas acumulaciones.

La izquierda jamás estuvo tan cerca del gobierno nacional, su interna parece complicarse ahora con un nuevo ingrediente, el cual siempre fue aborrecido por la misma como una rémora oligárquica: los personalismos.

Los conflictos parecen no pasar más por sesudas discusiones bizantinas sobre los procedimientos revolucionarios, el rol de la clase obrera y de los intelectuales etc. ni por los conflictos entre partidos poderosos e ideológicamente densos, sino entre dirigentes de la izquierda con un carisma muy importante, con un arraigo popular enorme, y que tienen visiones de los conflictos un tanto divergentes.

La actitud de Seregni era de esperar, lo que no es de esperar es el desarrollo de los acontecimientos, la incertidumbre reina alrededor de este vacío de poder en que el general ha sumergido a la coalición con su renuncia a la conducción política.

(*) Pablo Ney Ferreira
es columnista
de LA REPUBLICA en temas
de ciencia política

Ilustración: G. Serrano

